

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón  
Milán, 16 marzo 2016**

*Texto de referencia: L. Giussani, «Los tres factores constitutivos»,  
en Por qué la Iglesia, Encuentro, Madrid 2014, pp. 129-140.*

- *My Lord, what a morning!*
- *Lascia che il mondo*

*Gloria*

Empezamos abordando el segundo factor de la conciencia que los primeros cristianos tenían de la Iglesia: «La comunidad invadida por una “Fuerza de lo alto”». Hemos visto cómo tenían «la firme persuasión de que la realidad de Cristo viviente envolvía su vida redimiéndola, asumiéndola en la suya propia y convirtiéndola en el misterio de una compañía trabada y unitaria» (pp. 129-130). Cada uno debería medirse con estas palabras: al hacer el recorrido de la Escuela de comunidad partiendo del primer punto, ¿se ha vuelto más potente la persuasión de que Cristo aferra nuestra vida redimiéndola? ¿Qué signos tenemos de esto, y hasta qué punto ese factor comunitario despierta un nuevo modo de decir “yo”? ¿En qué lo hemos reconocido? Al vivir dentro de un lugar así –una realidad comunitaria sociológicamente identificable– entramos en el segundo gran factor: «La comunidad invadida por una “Fuerza de lo alto”». Don Giussani habla de la «dimensión excepcional que tenía la conciencia en que vivían aquellos primeros cristianos» (p. 130). No se conforma con describir los hechos sin más, sino que insiste en la «firme persuasión» y en la «conciencia en que vivían», hasta el punto de que el primer elemento es «la conciencia de un hecho que tiene el poder de cambiar la personalidad» (p. 131). Entonces, ¿cómo ha crecido esta conciencia?

*Desde hace algún tiempo me parece entender que estás insistiendo mucho en la verificación de la fe como experiencia personal a la que cada uno de nosotros está llamado, y siempre he estado de acuerdo con esta insistencia tuya, pero nunca la he llevado a cabo. Siempre he pensado que se trataba de un problema de los demás y no mío porque, en el fondo, estaba con la autoridad, pensaba como piensa la autoridad y procuraba seguir a la autoridad. Resumiendo, te escuchaba, te seguía, y pensaba que así me llevaba a casa el resultado. Y cuando en la última Escuela de comunidad nos preguntabas qué es lo que nos mantiene unidos, qué es lo que nos ha juntado, qué somos y qué vivimos, yo tenía la respuesta. Estaba de acuerdo contigo incluso en las cuestiones ligadas al Family Day. En todo. Sin embargo, aquí está el problema. Había algo que no entendía: estaba lleno de palabras y de razones, pero me parecía que era formal en la experiencia. Pero ha sucedido un hecho en el trabajo que me ha cambiado. Ha habido una serie de dificultades debido a distintas razones que me han hecho pensar que ya no era obvio que tuviese que seguir ahí. Y he comprendido que había en mí algo que no marchaba bien, porque en esta situación se ha impuesto una estrategia en lugar de la experiencia de fe. Pero esto ha hecho que las preguntas que nos hiciste*

*sean ahora “mis” preguntas: en el fondo, ¿quién soy, qué me mantiene unido, qué es lo que vivo? Desde la última Escuela de comunidad estas preguntas bullen dentro de mí, y me doy cuenta de que soy mezquino a la hora de usar la razón, que termina estando al servicio de la comodidad o bien de cómo imagino la realidad, en lugar de vivirla; y hablo de la experiencia en lugar de vivirla. No puedo fingir ante mí mismo, porque lo que está en juego no es la vida genérica, sino mi vida, mi destino y mi felicidad. Quisiera que me ayudaras a comprender de nuevo qué significa realizar una verificación seria de la fe, cuáles son sus factores fundamentales. Te pido perdón por la banalidad de la pregunta, pero me estoy dando cuenta de lo poco habituado que estoy a usar la razón según su verdadera naturaleza.*

¿Estás preparado para empezar a realizar la verificación? En tu opinión –partiendo de lo que has dicho, no de lo que no has dicho–, ¿en qué percibes que, al sorprenderte en acción, has crecido en este primer punto de la Escuela de comunidad, es decir, en la conciencia de un hecho que tiene el poder de cambiarte?

*Una mayor conciencia de mí mismo.*

Una mayor conciencia de ti mismo. ¿En qué lo percibes?

*En que de algún modo creía que comprendía y seguía, pero en realidad no...*

Esto es simplemente reconocer que no has cambiado. Pero don Giussani habla de la conciencia de un hecho que tiene el poder de cambiarte. ¿Has cambiado en algo?

*Bueno, sí.*

¿O sea?

*He empezado a hacer un trabajo.*

¿Lo ves? El punto es que no eres consciente de ello. ¿Cuál es el cambio que con gran agudeza has identificado?

*Que las preguntas se han vuelto “mis” preguntas.*

Que las preguntas son ahora tuyas. Esto, ¿te parece poco?

*No, no.*

En el fondo, las preguntas genéricas te dejaban como antes. Pero en la pertenencia a un lugar algo se ha movido dentro de ti, como decías al principio, por mi insistencia en la verificación de la fe; y además un hecho en el trabajo ha tenido la fuerza de hacer que se volviesen tuyas...

*... las preguntas.*

Has dejado de enfadarte porque no eras capaz de hacer tuyas esas preguntas. No has podido evitar que desde entonces ardiesen dentro de ti, es decir, que te cambiasen. Por tanto, es el comienzo de algo que, al estar tú dentro de la comunidad cristiana, te está cambiando. No hemos llegado al final del recorrido, sino a la «conciencia de un hecho que tiene el poder de cambiar la personalidad». Para nosotros esto son solo palabras, títulos sobre los que luego razonamos en abstracto. Y en cambio no es así, esto es lo que has reconocido. El primer factor de la verificación de la fe es darte cuenta del crecimiento de tu conciencia, pero sobre todo de qué está en el origen de este cambio. Y esto es lo que permite no solo hablar de la experiencia, sino vivirla. No es solo un esfuerzo moralista por tu parte, ¡porque tú ya estás viviendo esta experiencia! El problema es que no llega a ser experiencia del todo hasta que no te das cuenta de ella. Está sucediendo algo, pero no llega al nivel de la conciencia, y entonces planteamos

preguntas sin darnos cuenta de lo que ya está sucediendo en nosotros. Hay que reconocer que tú has identificado ya un factor de la verificación. El principio de la respuesta lo tienes ya en la experiencia que estás haciendo.

*Gracias.*

«Los primeros cristianos eran muy conscientes de que todo lo que dentro de ellos y entre ellos les ocurría de excepcional, de nuevo respecto de su vida anterior, de desconcertante en comparación con la existencia que tantos otros llevaban a su alrededor [se enfadaban, se bloqueaban, se quejaban, se pegaban], no era fruto de su adhesión, de su inteligencia o de su voluntad [a lo que nosotros reducimos la verificación], sino que era un don del Espíritu» (p. 131). Pero esto nos parece demasiado. Que lo que has testimoniado pueda ser un don del Espíritu no forma parte ni por asomo de tu conciencia, ni siquiera lo mencionas en tu intervención. Por eso no es capaz de generar una personalidad suficientemente consciente. ¿Por qué? Porque la personalidad es conciencia de sí: si no se llega al nivel de la autoconciencia, no se genera la personalidad.

*En estas semanas estoy impresionado por la potencia descriptiva de los capítulos de la Escuela de comunidad si lo comparo con mi vida y con lo que sucede, en el sentido de que, al releer la parte sobre la conciencia de sí misma que tenían la comunidad cristiana y los primeros cristianos, me resulta inevitable la comparación inmediata con mi vida. En especial me ha impresionado mucho el capítulo sobre la «Fuerza de lo alto». En efecto, en mi vida percibo algunos momentos, digámoslo así, de énfasis en la relación con los demás y con la realidad, que me interrogan porque me remiten a un quid misterioso. Pongo dos ejemplos y planteo una pregunta. En mi trabajo (soy director de un colegio) me encuentro constantemente con personas: estudiantes, padres, profesores, normalmente por problemas, por incidentes, por cosas que no funcionan. Recientemente he tenido dos conversaciones. El año pasado había conocido a un estudiante de catorce años, repetidor, cuya madre había muerto y cuyo padre estaba en la cárcel. Este año está suspendiendo todo y dando lo peor de sí mismo: está constantemente en mi despacho, se pone nervioso con algunos profesores, responde mal. La última vez quise ser directo con él, porque no quería volver a su clase y pedir perdón a la profesora por la que había montado. Le dije que comprendía su enfado con el mundo, le dije que sabía lo de su madre, le pregunté por su padre, sobre lo que hace con él cuando los servicios sociales le llevan a verle, le pregunté si le quiere. Y en esta conversación intensa, como en un énfasis, en un plus que sorprendí en mí, me salió decirle: «Tú no eres tu enfado, no eres un error, no eres un chaval malogrado. Y tampoco te determinan los errores de tu padre». Sentí cómo dos ojos me miraban fijamente. Terminé pidiéndole que volviera a clase y pidiera perdón. Y es lo que hizo. Los días posteriores –cuando venía al colegio– me sonreía y me saludaba, quitándose la gorra que lleva siempre puesta. Segunda conversación. Vino a verme la madre de un alumno que ha elegido la escuela superior para el próximo curso. Es una mujer musulmana que va con velo. Me dijo que no sabía por qué había venido a verme, pero me contó llorando que la directora de la escuela en la que había matriculado a su hijo para el curso que viene, un hijo que tiene problemas de salud, no quiso escucharla, ni*

*siquiera por teléfono. Le comunicaron simplemente que su hijo no tendría plaza en el centro. De nuevo me repitió que no sabía por qué venía a contarme todo eso y a que la escuchara. Después hablamos de su hijo y al final le dije que rezaría por su salud. Y de nuevo me vi delante de dos ojos llenos de lágrimas y de agradecimiento. En ambos casos al final de la conversación, una vez que se ha marchado el interlocutor, he percibido en mí una sobreabundancia de lo que había dicho a estas personas, como el sincero reconocimiento de la acción de Otro. Y sin embargo rápidamente, mientras trabajo, mientras hago otras cosas, mientras leo, mientras estudio, me asalta la duda racionalista: ¿habrá sido así de verdad? No, me digo a mí mismo, es mi temperamento. Por otro lado, yo que soy un tipo bastante jovial, cordial, un poco torpe, desde que soy director estoy experimentando la conmoción por el otro y el dolor por mi impotencia para ayudarle como no lo había sentido antes, estoy llegando incluso a llorar con los demás. Y sin embargo sigo explicándome a mí mismo: es por la educación que he recibido, cuyos “conceptos” se han sedimentado en mi corazón y en mi razón, y por eso los he hecho míos. Es decir, veo en mí el intento de explicar con factores dominables esa sobreabundancia que sin embargo advierto y he advertido. Por ello, Carrón, la pregunta es esta: ¿cómo estar seguro de que actúa en ti una «Fuerza de lo alto»? Esa conciencia cierta de los primeros cristianos, ¿puede ser también nuestra?*

¿Qué sugieres tú?

*Puedo decir, en la diferencia de las dos miradas, de las dos actitudes, qué efecto he advertido en mí.*

No necesitas hacerlo. Antes de que llegase la mirada... La mirada es una confirmación; antes de que llegase la mirada, ¿qué has dicho?

¿Qué he dicho?

«Un plus que sorprendí en mí».

Sí.

¡Antes que cualquier otra cosa! Lo primero ha surgido dentro de ti. Ahí está la fuente que ha impresionado a esas personas.

*Lo he sorprendido dentro de mí.*

Lo has sorprendido en ti. ¡Ya está! Eso es lo que hay que mirar. Este plus, ¿te lo das tú? Esto es crucial, porque muchas veces pasamos enseguida a la mirada del otro, lo cual está fenomenal, pero no nos damos cuenta del origen de nuestra acción, que precede a la confirmación en la reacción del otro. Pero como no caemos en la cuenta de ello, muchas veces dependemos de la confirmación de los demás. Pero Giussani siempre nos ha dicho que la fe es una experiencia presente «confirmada por ella», porque tú tienes la confirmación, antes de cualquier confirmación externa, en tu misma experiencia, en este plus del que brota la mirada que luego conmueve al otro. Esto es lo que damos por supuesto, de lo que no somos conscientes, y que en cambio determina la autoconciencia. Porque si no es así, somos frágiles, y si no encontramos una confirmación externa...

*... cedemos.*

Cedemos, con todas las consecuencias que ya conocemos: queja, inseguridad, miedo. Primera cuestión: no debe escapársenos que el hecho está. Segunda cuestión: el hecho está tan presente que es el origen de esa mirada (que no se impone mecánicamente). Entonces, ¿qué encuentras en la Escuela de comunidad para responder a tu pregunta?

¿Cómo es posible que estos hechos, este plus que sorprendes en ti no te haga estar seguro? «El hombre» ahora se sitúa «ante Jesucristo de la misma manera hace dos mil años que hoy»; ninguna diferencia y, como entonces, «ningún signo conseguirá nunca imponer de modo obligado a la libertad del hombre que adopte, ante la propuesta de Cristo, una actitud abierta de par en par como el rostro de un niño, en lugar de cauta y sospechosa como la mirada de tantos adultos» (p. 139). Es decir: no se te ahorra la libertad. Pero cuando hacemos estas preguntas, en el fondo muchas veces estamos esperando que los hechos vuelvan superflua nuestra libertad. Como en tiempos de Jesús: «Danos un signo más que nos ahorre la libertad». ¡No existen, gracias a Dios! Tienes ya todo lo que necesitas. La cuestión es que nuestra libertad puede estar abierta de par en par, como un niño, o bien ser cauta como un adulto que deja prevalecer, como bien dices, la duda racionalista. Pero es necesario mirar cara a cara esta duda racionalista. ¿Acaso puede esta duda eliminar ese plus que he sorprendido en mí? ¿Puede la duda eliminar el hecho de que tú ahora estás frente a mí?

*No.*

La duda no puede eliminarlo. Luego depende del movimiento de la libertad reconocerlo o no. Esta es nuestra libertad. Sin esta libertad no crece tu autoconciencia, porque no existe, como dice Giussani, mecanicismo alguno en la relación con Cristo. Y sin embargo, alentamos la imagen de una evidencia que nos ahorre la libertad. ¡Imposible! Tienes todos los signos. Debes decidir si usarlos, si aprovechar incluso esta duda para preguntarte: ¿es verdad o no es verdad? No dejes escapar esta ocasión, ¡que no se quede sin resolver esta duda! Este es tu sí: seguir lo que sucede, no dejar la duda sin resolver (que lo único que hace es acrecentar la inseguridad).

*Gracias.*

*Hace algunos días me dirigía en coche a la caritativa, que dista más o menos veinte minutos de mi universidad. En un momento dado me para la policía en un control rutinario. El policía que viene a pedirme la documentación está enfadadísimo, le fastidia incluso los dos segundos que tardo en encontrar el DNI. Me falta un papel del coche que es obligatorio llevar, y entonces llamo a mi padre para preguntarle qué tengo que hacer. Mientras, el policía se aleja. Entonces salgo del coche y me acerco a él para explicarle la situación. Me dice: «Muy bien, señorita. No me haga perder más tiempo. Vamos a rellenar este impreso». Entonces me empieza a preguntar dónde vivo, etc. Pero en un momento dado, después de haberme pedido la dirección y el código fiscal, me dice: «Perdone, pero tengo que hacerle una pregunta». «Adelante». «¿Es usted una persona religiosa?». Yo me quedo desconcertada por esta pregunta y le respondo: «Sí». «¿Pero religiosa de qué? ¿Católica?». «Sí, soy católica». Se da la vuelta hacia el otro policía y le dice: «Te lo había dicho. Esta chica –¿lo ves?– tiene un rostro bonito, limpio, es demasiado verdadero. Se ve que es una persona religiosa». Yo, sorprendida ante esta situación, sigo respondiendo a las preguntas sobre la matrícula, etc. En un momento dado, me giro hacia la compañera de universidad que va en el coche conmigo y le digo: «Llama a alguno del turno de la caritativa y diles que llegamos tarde». Entonces el policía me dice: «Señorita, ¿a dónde se dirige usted?». «Somos un grupo de amigos de la universidad que hacemos una especie de*

*voluntariado que se llama caritativa. Compartimos el estudio con chavales de secundaria y de bachillerato». Verdaderamente sorprendido, comenta: «Es increíble que todavía existan en el mundo estas cosas, que haya chicos que hagan estas cosas». El otro policía me mira y añade: «Desde luego, no deje de realizar esta actividad, porque es evidente que un rostro así solo se lo pueden dar esas cosas tan bonitas». Entonces me pide perdón porque me estaba haciendo retrasarme. Al principio se había enfadado porque le hacía perder tiempo, ¡ahora me pedía perdón porque era él quien me estaba haciendo perder tiempo para ir a la caritativa! Me devuelve todos los papeles. Vuelvo al coche, empiezo a contarle a mi amiga lo que ha sucedido, el cambio de estos dos policías, y cuando entramos de nuevo en la tangencial vemos otra vez el coche de policía que se pone a nuestro lado. Entonces digo: «Pobres los del coche de atrás. Ahora les parará a ellos». Sin embargo me para a mí otra vez. Entonces me digo: «¡Ay madre, me he equivocado! ¿Qué habré hecho ahora?». El policía se acerca a mí sin aliento, con los coches pasando a su lado como flechas –yo estaba preocupada– y me dice: «Señorita, deme el impreso un momento. Me falta añadir unos datos». Y yo: «¡Gracias!». «¡Ánimo, mucho ánimo en todo! Ha sido un placer». Vuelvo al coche. La estudiante de primero que estaba a mi lado estaba alucinada: «¡En siete minutos!». Seguía repitiendo: «¡Siete minutos!». Es decir: en siete minutos aquel policía era otra persona. Este hecho ha sido fundamental para poder crecer en la autoconciencia de lo que se decía ahora, en el sentido de que frente al asombro de aquel policía y a su cambio...*

*¡Es una confirmación de que se había dado cuenta de verdad del cambio!*

*Ante esto me he tenido que mirar como si llevase una ropa rara: ¿qué tengo yo para que un desconocido llegue en siete minutos no solo a notar una diferencia (relacionado también con lo que decían las intervenciones anteriores), sino a identificar su origen en el hecho de ser católica? Ha comprendido enseguida, no es tonto. Como nos dices tú a menudo: los demás entienden enseguida que el origen no es una capacidad nuestra, nuestro temperamento, sino el hecho de que somos personas «religiosas». Y con respecto a la pregunta que nos haces muchas veces sobre qué es el testimonio, para mí ha sido evidente que no es un esfuerzo, sino dejar espacio a ese punto candente que hay en mi vida, que me cambia y me ha cambiado hasta lo más hondo hasta tal punto que otro que se encuentra conmigo lo percibe como correspondiente y cambia también a su vez.*

*¿Qué tenemos nosotros que en siete minutos puede cambiar a otro, hasta el punto de despertar en él una pregunta sobre el origen? Como nos hemos dicho en estos últimos tiempos, muchas veces son los demás los que nos dicen en qué consiste la diferencia que portamos, los que nos permiten verificar lo que dice la Escuela de comunidad, nos lo testimonian. Es como si dijese: ¿os dais cuenta de que no es por vosotros, sino por lo que portáis? «¿Es usted una persona religiosa?»: la intuición del policía se debe a que lo que ha visto no se puede explicar de forma racionalista. ¡Es impresionante! Hasta una persona enfadada puede testimoniar con la sencillez de un niño una apertura que nosotros podemos no tener. Esto es lo que testimonia todavía más lo que leemos un poco más adelante del texto a propósito de la lucha: «Nosotros no podemos siquiera imaginar la radicalidad del combate, de la lucha, del cambio total que Jesucristo [no*

nosotros, ¡atención!] tuvo que llevar a cabo en el contexto de la mentalidad, de la sensibilidad y del tren de vida establecido al comenzar su presencia [su afirmarse] en el mundo. La historia de Cristo entre nosotros tuvo como que imponerse con ayuda de resultados excepcionales, mostrando una capacidad extraordinaria que en el Evangelio se llama “milagro”» (p. 138). ¿Se puede explicar esto con factores dominables de forma racionalista?

*Soy médico, y quiero contar lo que me pasó en el trabajo hace algún tiempo. Trasladaron a nuestro hospital a un bebé muy prematuro en condiciones muy graves, cuyos padres, desde el primer momento en que entraron en la planta declararon que eran contrarios al ensañamiento terapéutico; querían a toda costa llevarse a casa un niño completamente sano y no querían dar a su primer hijo un hermano menor con problemas graves. Este niño salió de la fase aguda sin necesidad de medidas extraordinarias, pero cada día la pregunta insistente de la madre era si el niño sería normal, si teníamos elementos para pensar lo contrario. Hasta que en un control se evidenció que, efectivamente, estaba desarrollando un daño cerebral cuya evolución no era todavía perfectamente cuantificable. La conversación con los padres fue muy dura, y cuanto más miraba a la madre, tanto más surgía en mí el desconcierto, la impaciencia y el escándalo. No era capaz de comprender cómo era posible que una madre con un hijo tan pequeño entre los brazos pudiese ser tan cínica e insensible, como si todo dependiese del estado de salud suyo o de su hijo. Mi escándalo estaba creando un muro entre ella y yo –como si yo fuese mejor que ella, esclava como soy de mis proyectos sobre mi marido, mis hijos...–. En los días siguientes trataba de evitar cruzarme con ella y entrar en esa habitación por la rabia que tenía, quizá también por el miedo de afrontar ese sufrimiento, y experimentaba una gran angustia por dentro cada vez que hablaba de esta situación con mis compañeros. Luego vino la Escuela de comunidad en la que dijiste: «“Sé perfectamente que hemos sido elegidos por Dios”, pero, ¿acaso prevalece esto en nuestra posición? Como podéis ver, no es suficiente con tener el texto de la Escuela de comunidad, en donde se expone toda la verdad sobre la Iglesia a través de la sana doctrina de don Giussani, para que prevalezca esta autoconciencia». En ese momento comprendí que el problema era justamente mi autoconciencia: sé que he sido elegida por Dios, estoy en CL, en la compañía de la Iglesia, y sin embargo no soy capaz de mirar a esta mujer, no soy capaz de hablar su idioma. Esta inquietud que estaba naciendo en mí me llevó a ahondar en la Escuela de comunidad: en un momento dado, Giussani dice que es necesario pedir el don del Espíritu, mendigarlo. En ese momento explotó todo mi corazón, toda mi petición para que Él se hiciese presente en aquel rostro, para que esa circunstancia adquiriese un significado para mí. Al día siguiente fui capaz de entrar en aquella habitación, y ante mi pregunta sencilla: «Señora, ¿qué tal va todo hoy?», se desencadenó una conversación larguísima en la que me conmoví muchas veces, en la que se puso de manifiesto no su cinismo, sino su deseo indeleble de ser madre, y también el gran miedo de que su vida y la de su primer hijo se vieran arruinadas por la enfermedad de este pequeño niño. Por primera vez fui capaz de identificarme con ella, y le hablé de cómo, según veo a mis hijos crecer, me doy cada vez más cuenta de que no son como me los había imaginado y de que soy*

*incapaz de quererles adecuadamente. Me respondió que su problema no era que su hijo fuese médico o barrendero, sino que pudiese ser libre para elegir lo que quisiera ser sin estar condicionado por la enfermedad. Le dije que la felicidad de un hijo es sobre todo sentirse querido y ver en sus padres la certeza de que merece la pena vivir la vida siempre. Y aquí llegamos al fondo, porque me respondió que el problema es que ella no tenía esta certeza, y que por eso le aterrorizaba el futuro. Lo único que pude decirle es que si estamos solos es imposible alcanzarla, y que necesitamos ser sostenidos en este camino. Le propuse entonces conocer a otras familias y padres que habían afrontado y estaban afrontando la vida con un niño especial como el suyo para darse cuenta de que es posible ser felices. Y mientras le hablaba tenía en los ojos los rostros de mis amigos que están viviendo esta experiencia. Aquella mujer estaba entusiasmada con la propuesta. Le dije que, en la medida de mis posibilidades, yo también estaría junto a ella en el camino. No sé cómo se desarrollará esta historia, si llegará alguna vez a aceptar a su hijo, si el pequeño estará sano o no. Pero lo que me ha conmovido ha sido salir de ahí con el corazón deseoso de un bien para ella y para el niño, contenta, sin la angustia de tener que eliminar ese trozo de la realidad que no conseguía afrontar, consciente de que vivir el trabajo así da un gusto cien veces mayor. Esa madre y su niño (que tendrá que estar con nosotros todavía durante algún tiempo) son un aguijón constante para preguntarme si merece la pena vivir la vida y para qué vivirla, para pedir la ayuda del Espíritu Santo para no caer en el cinismo, para no esconderme y evitar lo que me hace sufrir, porque mi vida está llena de proyectos que no se realizan y mi trabajo me pone constantemente frente a la pregunta sobre el sentido de la vida. Y en esto yo necesito ser educada y sostenida, y por ello, gracias.*

Ayúdanos a percibir, en tu testimonio, los signos de este cambio a través de la pertenencia a la Iglesia. Porque tenemos que identificarlos, pues en caso contrario se quedan como algo genérico.

*He hecho experiencia de la posibilidad de vivir mi realidad...*

¿Sólo como posibilidad?

*He podido disfrutarla. Y estaba contenta.*

A ti no te basta solo con eso. Dime en qué has percibido esa alegría, porque en caso contrario la Escuela de comunidad se vuelve algo abstracto. El primer signo, el comienzo del milagro es que uno pide e invoca este don del Espíritu. Esto es lo primero que has hecho. Parece nada, y sin embargo abre la posibilidad de que Cristo presente te abra de par en par a una realidad en la que inicialmente te sentías bloqueada y que, siguiendo tu reacción espontánea, habrías querido censurar. La sorpresa es que, en un momento dado, al participar en un lugar como la Iglesia, el cambio se vuelve experimentable. Primer signo: la petición. ¿Segundo?

*El movimiento de mi libertad.*

De hecho, estás tan cambiada que entras en la habitación no como el resultado de un esfuerzo («Señora, ¿qué tal va todo hoy?»). Tercero: la identificación con el otro, con esa madre. La posibilidad que tenemos de ofrecer una contribución al mundo, de percibir a todos los que están heridos en el mundo, como también nosotros lo estamos, depende de la verificación de lo que vivimos. Porque si no hacemos el camino de la verificación, no podremos percibir la necesidad de esa mujer hasta descubrir que el



problema era algo humanísimo: no tenía certeza, y por ello estaba asustada. Por eso todo te escandalizaba. Sin este acontecimiento presente, que nos permite abrir de nuevo la mirada, identificamos todo de forma errónea, incluso el escándalo –¡atención!–, porque atribuimos al otro algo que en realidad está ligado únicamente a nuestra incapacidad de ver todos los factores, cosa que en cambio hace posible el poder del Espíritu. ¡Y nos deja sin palabras! Por eso es tan crucial el recorrido que se nos invita a hacer, en primer lugar para ti (porque en caso contrario vives una división: por un lado, participas en la vida del movimiento y, por otro, estás bloqueada en el trabajo) y también para todos los demás. La verificación de la fe tiene este alcance cultural, histórico, tiene esta incidencia sobre nuestra forma de vivir la realidad.

*Quiero partir de tu intervención «Una presencia original», que se ha publicado en el último número de Huellas. Está claro que el contenido es impresionante. La profundidad, la claridad del juicio han dejado a muchos con la boca abierta. Pero lo que más me impresiona es el recorrido que has hecho, la forma con la que te has puesto frente a la circunstancia que el movimiento está viviendo ahora. Para mí lo que estaba sucediendo era un caos, para ti una ocasión. Como nos has repetido, «todo lo que el Misterio no nos ahorra es para nuestra maduración» («Una presencia original», Huellas, n.3/2016, p. II). Yo repito esta frase, tú la vives. De este modo ha comenzado un camino que ninguno de nosotros –por lo menos yo–había emprendido, un trabajo, un recorrido impresionante. Has entrado de lleno en el tema incluso cuando, una vez pasada la polémica política sobre las uniones civiles, podías en el fondo abstenerte de ello. En cambio tú has querido mirarlo, afrontarlo como nadie ha hecho, preguntándote qué te pedía a ti y a nosotros. Has buscado lo que decía Giussani en una situación similar, has querido verificar la pertinencia de esto en la circunstancia que estamos viviendo, hasta llegar a un juicio. Has buscado qué nos enseña la historia de la Iglesia, has comparado con los relatos del Evangelio, etc. ¿Acaso alguno de nosotros lo ha hecho? Yo creo que aquí está la diferencia. Esto se llama verificación de la fe. Y yo creo que es importantísima para el crecimiento personal de cada uno de nosotros, porque siempre habrá circunstancias que, en cierto sentido, nos ponen en cuestión en el trabajo, en las relaciones afectivas, en la vida, y si no comprendemos la novedad que introduce la fe como forma de estar frente a todo ello, estamos perdidos. Y lo que ha sucedido es también educativo para los que creen estar “de tu parte”; a menudo dices que los más peligrosos son los llamados “carronianos”, porque podríamos conformarnos con que tú has hecho el trabajo, sin emprenderlo nosotros. ¿Pero qué diferencia hay entre nosotros y tú? ¿Acaso lo haces tú porque eres el jefe? No. Yo creo que tú lo haces por la fe, porque percibes la circunstancia como una ocasión para ti. Si no llegamos a identificarnos contigo, será un verdadero delito –por lo menos lo veo así en mí–, porque no creceremos como personalidad de fe, no llegaremos a ser adultos en la fe y nos conformaremos con que hagas tú el trabajo. Con respecto a este texto: has dejado las cosas claras, y nosotros podemos agitar esto como bandera frente a los demás. Pero yo, ¿qué trabajo he hecho? ¿Dónde estamos nosotros? ¿Cómo estoy creciendo en la fe? Si nos limitásemos a hacer esto, nos perderíamos la contribución que primero Giussani y tú ahora nos habéis ofrecido. Desde que he descubierto esto*

*pido todos los días al Espíritu que me dé la capacidad de identificarme hasta este punto. Es lo que más deseo en este momento. Y estoy agradecida de que estemos trabajando justamente ahora la Escuela de comunidad sobre la «Fuerza de lo alto», porque esto ha sido evidente para mí en esta posición tuya y en la contribución que has hecho. Me resulta imposible leer tu texto y no pensar en las palabras de la Escuela de comunidad: «Profeta es quien anuncia el sentido del mundo y el valor de la vida. La fuerza de la profecía es la fuerza de un conocimiento de lo real que no proviene del hombre sino que viene de lo alto» (p. 136). Espero que Dios me conceda esta gracia por lo menos en esta Cuaresma.*

Te agradezco tu intervención, porque creo que has descrito perfectamente lo que está en juego para todos nosotros en esta verificación. Yo hago esta verificación por mí. La hago porque ahora ya no puedo dejar de hacerla. Habría podido abstenerme –como dices tú–, habría sido más fácil dar una orden desde arriba: «¡Todos a Roma!». En cambio, he querido desafiar a cada uno para que hiciera su propia verificación. Sabía a qué me exponía. Pero lo que a mí me interesa no es gustar a los demás o a mí mismo, sino hacer personalmente esta verificación. He corrido el riesgo para verificar si esta intervención responde a los desafíos que tenemos delante, es un intento, sin pretensión alguna de que fuese lo más justo. Por eso he invitado a cada uno a realizar una verificación. El texto de *Huellas* es el resultado de ello. Y no para daros una doctrina que repetir, sino para invitar a cada uno a verificarlo por sí mismo. Si no fuese así, no podríamos estar en el mundo con un rostro, con razones, con una certeza, como hemos escuchado esta noche. El signo de que Cristo está presente ahora, y no solo como un recuerdo del pasado, es justamente que yo puedo verificar en el presente la conveniencia de la fe, la pertinencia de la fe a las exigencias de mi vida que debo afrontar. Si no lo percibo así, me conformaré con repetir lo que ya sé, pero en el fondo estaré derrotado. Sin embargo, todos tenemos aquí la posibilidad de una verificación. Por eso termino remitiendo a un artículo de *Huellas* que hace referencia a nuestro amigo médico Francesco Boin, que trabaja en San Francisco. El mundo en el que vive será cada vez más el nuestro, con desafíos muy difíciles de afrontar (tiene que estar siempre atento a lo que dice, porque cualquier interferencia en la conciencia del otro puede causarle un conflicto laboral). Y sin embargo Francesco dice que «compartir esto lo cambia todo, incluso los aspectos médicos de su condición. Y mi primera contribución es que yo responda, para mí, a la herida que la realidad produce en mí». Solo si uno realiza la verificación para sí mismo podrá vivir con dignidad en un mundo como el nuestro. «Aquí la verdadera batalla cultural es reconstruir desde la experiencia de una plenitud de vida [allí al igual que aquí, como podéis ver]. Entonces mi tarea es ceder al atractivo que la realidad genera a lo largo de las jornadas, al descubrimiento de la forma en que Jesús responde a mi necesidad. [...] La posibilidad de testimonio es que vean en acto en mí lo que ellos están buscando». Es la certeza de la que hemos hablado esta noche. Un compañero le dice: «Tengo que preguntarte algo. Quiero que me ayudes a entender algo. No tienes mujer, no tienes a ningún hombre contigo, pero tienes un punto de estabilidad en tu vida, se ve». Y la pregunta: «¿Qué hay detrás?». No puede dejar de suscitar la pregunta sobre el origen y no puede dejar de ser la ocasión para hablar de la razón, porque lo más complicado y difícil es hacer que surja la pregunta. «¿Quién es

este?». Ahora, dos mil años después: «¿Qué hay detrás?». «¿Eres una persona religiosa?». Francesco responde: «Soy católico, y para mí la experiencia de la fe ha sido el encuentro con una Presencia tan viva y atractiva que le he entregado mi vida. Mi punto de estabilidad [no está casado, no tiene apoyos afectivos] es esta relación»: la relación que vive con Cristo. Entonces el otro le dice: «Gracias. Me doy cuenta de que es algo que me falta a mí» («¿Qué es lo que hay detrás?», a cargo de Alessandra Stoppa, *Huellas*, n. 3/2016). Esta es nuestra presencia en el mundo. La cuestión es si el capítulo de la Escuela de comunidad nos ha hecho ser más conscientes de esto. ¿Cuál es el signo de que es así? Que cuando me levanto prevalece Su presencia; no el hecho de no sentirme a la altura, porque es obvio que no lo estoy. ¿Nos hemos sentido sorprendidos por Su presencia que actúa en medio de nosotros, no como un hecho del pasado, no como un recuerdo devoto, sino como algo tan presente que nos llena, que llena toda la vida de Su presencia? Si no es así, todos los hechos que nos contamos no son capaces de generar una mayor conciencia en nosotros. Entonces tendría razón quien sospecha que no es posible para nosotros tener la conciencia de los primeros cristianos. No es que no tengamos ante nosotros hechos, pero falta esta conciencia de lo que estos hechos testimonian. Por eso a veces el Misterio nos regala a otras personas que nos hagan la pregunta sobre nuestro origen, para que podamos llegar a esta conciencia.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el 25 de mayo a las 21 horas. Nos saltamos el mes de abril porque tendremos los *Ejercicios espirituales de la Fraternidad*. Retomaremos la última parte del segundo capítulo «Los tres factores constitutivos», desde la página 140 a la 162; trabajaremos sobre esto el mes de abril y después sobre la Introducción de los *Ejercicios* en cuanto esté disponible, con esta pregunta: ¿cómo cambia el movimiento nuestra concepción de la Iglesia, es decir, nuestra forma de vivirla? Leer el último punto de este capítulo, «Un nuevo tipo de vida», ¿qué cambia en nuestra concepción de la comunión, de la relación entre ontología y ética, de la relación entre comunidad y autoridad? Todos los factores que ahí aparecen reclaman de nosotros un cambio de conciencia. Como vemos, la Escuela de comunidad llega a ser fructífera si cada día hacemos el trabajo de comparar con alguna de las frases que leemos, para darnos cuenta de cómo juzga nuestro día, para hacer que seamos conscientes. Como contaba nuestra amiga, ha sido suficiente una frase para introducir una mirada distinta sobre la forma en que estaba viviendo el trabajo. Es suficiente con esto. Si la Escuela de comunidad no es algo que nos acompaña como hipótesis con la que entramos en la realidad, se reduce a nuestros comentarios; pero entonces, ¿para qué sirve? Nunca llegará a ser interesante. Se vuelve interesante cuando alguien ve que le ofrece la sugerencia de un modo de estar en la realidad que le cambia. Por eso es una compañía para la vida. Es este parangón constante lo que amplía nuestro horizonte y hace que llegue a convertirse en mentalidad lo que don Giussani nos propone, confirmado luego en la experiencia por los hechos que suceden.

La Página Uno de *Huellas* de marzo recoge mi intervención en la Asamblea de Responsables de Italia. Es un desarrollo de aspectos contenidos en el libro *La belleza desarmada* y una contribución para ayudarnos a juzgar los desafíos actuales. Como he

dicho, es un intento que ofrezco como un signo de ese trabajo del que hablaba nuestra amiga, un signo de amistad que espero que os sirva, si no lo tiráis a la papelera. Os invito a leerlo y a darlo a conocer a todos nuestros amigos, para ayudarnos a realizar este parangón.

Cartel de Pascua. Es un instrumento que proponemos cada año, junto con el Cartel de Navidad, como propuesta a todos de un tema que nos interesa especialmente. En un año como este, yo me pregunto: ¿qué quiere el Papa que aprendamos en este Año de la Misericordia? Si uno no se hace esta pregunta, es porque piensa: «Ya sé qué es la misericordia». Pero a lo mejor no lo sabemos todavía. Con esta pregunta debemos prepararnos para los Ejercicios: ¿qué es lo que percibe el Papa para haber convocado el Año de la Misericordia?

Releo las frases del Cartel: «La fragilidad de los tiempos en que vivimos es también esta: creer que no existe posibilidad alguna de rescate, una mano que te levanta, un abrazo que te salva, que te perdona, te inunda de un amor infinito, paciente, indulgente; te vuelve a poner en el camino. Necesitamos misericordia. Cuando se experimenta el abrazo de misericordia, cuando nos dejamos abrazar, cuando nos conmovemos: entonces la vida puede cambiar, pues tratamos de responder a este don inmenso e imprevisto, que a los ojos humanos puede parecer incluso “injusto” en tanto que superabundante» (papa Francisco).

«Cuando el centurión vio a Jesús; cuando la samaritana se sintió mirada y descrita hasta el fondo; cuando la adúltera oyó que le decía: “Tampoco yo te condeno, vete y no peques más”; cuando Juan y Andrés se encontraron delante aquel rostro que les miraba y les hablaba: fue como si se sumergieran en esa presencia. Sumergirse en la presencia de Cristo que nos da su justicia, mirarlo: esta es la conversión que nos cambia de raíz; es decir, quedamos perdonados. Basta con volver a mirarle, basta con volver a pensar en Él, y somos perdonados» (Luigi Giussani).

Ejercicios espirituales de la Fraternidad. Las inscripciones en el sitio de la Fraternidad se abrirán el viernes 18 de marzo y se cerrarán el 5 de abril. El gesto de los Ejercicios, además de las lecciones y de la asamblea, está hecho también de silencio, de canto, de oración y de atención al otro. Por ello, dispongámonos a vivirlo en su totalidad, para que llegue a ser incisivo en nuestra vida, con la pregunta que os he lanzado. Os pido, por tanto, que participéis en todo el gesto como expresión de esta actitud de petición que necesitamos.

Que la Semana Santa ya próxima nos encuentre deseosos de identificarnos con la humanidad de Jesús, que se ha ofrecido gratuitamente en sacrificio por nosotros confiando únicamente en la relación con el Padre, como el don más grande de la misericordia que Dios nos hace a cada uno de nosotros a través de Su hijo.

*Veni Sancte Spiritus*

¡Feliz Pascua a todos!